

# Cómo leer poesía<sup>1</sup>

Recepción: 24 de julio de 2006 Aprobación: 22 de agosto de 2006

**Jaime Jaramillo Escobar\***

esmpd@une.net.co

**Resumen** El texto de esta conferencia aborda algunos de los aspectos que el autor considera de mayor relevancia a la hora de establecer el vínculo de la lectura entre el texto poético y el lector, denominados *Dilemas*. Sienta también su posición respecto de la poesía contemporánea en relación con las formas retóricas y los objetos mismos de la poesía y, en general, sobre la relación del hombre con el arte. El autor postula también su concepción del trabajo académico en relación con los estudios literarios.

## **Palabras clave**

Belleza, experimentalismo, hermenéutica, lectura, Nadaísmo, poesía, poesía esencial, vanguardia.

## **How To Read Poetry**

**Abstract** The text of this lecture deals with some aspects called Dilemmas that the author considers highly relevant when establishing the link of reading between the poetic text and the reader. It also establishes its position on contemporary poetry regarding rhetorical forms and the very objects of poetry and, in general, on the relation of men towards art. The author also postulates his conception of academic work with respect to literary studies.

## **Key words**

Beauty, experimentalism, hermeneutics, reading, Nadaism, poetry, essential poetry, vanguard.

<sup>1</sup> Este texto recoge la intervención del poeta en una conferencia dictada el 3 julio de 2006 en la Universidad Eafit.

\* Reconocido poeta colombiano, proveniente del movimiento denominado Nadaísmo.

Hace algunos años asistí en Caracas a una conferencia de un profesor español, titulada «Cómo escribir un poema». La consecuencia es lógica: ¿cómo leerlo? Cuando se me propuso el tema, de inmediato supuse: si lo tienen que preguntar, nunca lo van a saber.

Escribir un poema es fácil, cualquiera lo puede intentar. Existen talleres para eso. El único requisito es estar desocupado. Nada difícil, si se observa el índice de desocupados (que no es igual a la tasa de desempleo).

Lo difícil es leerlo. Porque el que escribe es el único que sabe lo que escribió. En cambio, para leerlo, hay que estudiar hermenéutica.

El asunto es «Cómo leer poesía». Se dice que sólo los poetas leen poesía, porque cada cosa le interesa únicamente al aficionado. Por esto, las ediciones de poesía suelen ser reducidas, casi clandestinas. Eso para la época actual, porque no siempre fue así. Hoy circulan los poetas, no sus libros.

Desde el punto de vista intelectual, la vida resulta mejor acompañada de las artes, entre ellas la alta poesía (ejemplo Saint-John Perse); no el montón de buenas intenciones sobre el cual se sustentan las artes.

Y aquí está, de repente, el *primer dilema* que se le presenta al lector: qué leer. La selección es producto de la experiencia, y la experiencia de los años. Por eso al comienzo se lee de todo, mientras se adquiere el olfato que evita la pérdida de tiempo, porque el tiempo está cada vez más escaso y más caro. Por el tiempo, por el aire, por la comida y por la vida (siempre amenazada) se pagan altos impuestos; no hay que olvidarlo. En un minuto puedo saber si vale la pena leer un libro de poemas. Casi todos van directamente a la basura, pero algunos se salvan en mi estante (al menos por algún tiempo), y no siempre por su calidad poética.

La metáfora, la imagen y los viejos recursos retóricos y experimentales han perdido vigencia, por fortuna, y la poesía se expresa directamente, sin acertijos ni enigmas. La dificultad no debe consistir en la forma, sino en el significado. La comprensión de sentido puede no estar en lo aparente, sino más allá, en el trasfondo. Por eso la Hermenéutica.

Un texto puede leerse de muchas maneras, pero esto requiere un tiempo y una dedicación de los que muy pocos disponen. Siendo el número de textos infinito para una vida humana, pocas oportunidades tienen los autores de llegar a un lector. Cuando eso ocurre, es un logro de la publicidad. Además de comunicación, la propaganda constituye también un atropello, y en ese sentido los que se dejan guiar por la publicidad carecen de criterio propio, y de eso precisamente es de lo que se aprovecha la publicidad. La mayoría de las personas son hortalizas disfrazadas de gente, dice Deonísio da Silva. Y dice también: Un adulto es un sujeto tan plano que una hormiguita lo puede atravesar a pie, con el agua por las costillas.

La poesía no es una sola. Si fuera unívoca encontraría definición. Se dan tantas definiciones cuantas clases de poesía existen. Y éste es el *segundo dilema* que encuentra el lector. El arte de la poesía acumula complejidad a través de

milenios. De una estancia sencilla en apariencia, se puede deducir toda la historia de la poesía en un tratado o en un curso académico. Se formarán diagramas intrincados como la evolución de la música.

Se habla de la poesía en general, por comodidad expresiva y la fácil suposición de que todos entienden, lo que no es así, puesto que los conceptos carecen de significación universal.

Como todos los conocimientos, la poesía también da innumerables vueltas sobre sí misma, y coexisten diversas concepciones estéticas aun en un mismo autor. Para mayor perplejidad, en este comienzo de siglo nos encontramos con la variada deformación de los géneros. No sólo se mezclan poesía y prosa, sino que la mayor parte de la poesía contemporánea se escribe en prosa fragmentada que conserva el aspecto del poema. Si se transcribe en la forma normal de la prosa, se deshace la ilusión. Claro que la poesía puede ser en prosa. Pero algo distinto es hacer pasar prosa por poesía. Y éste es el *tercer dilema*.

Ahora vamos para el *cuarto*: si lo que se recibe –desde el punto de vista del lector– está en consonancia con lo que se requiere. En otras palabras: si los poetas son intérpretes del mundo del lector, si escriben para él, como debiera ser. O si sólo se proponen divulgar sus asuntos personales (en general amorosos y familiares), en una exhibición autobiográfica sin relación con los intereses del lector. Esto último es la rutina predominante en la poesía colombiana. El poema puede ser escrito en primera persona, porque resulta un efecto convincente, siempre que esa persona sea también la del lector, mas para eso se hace necesaria la astuta simulación, el arte del mago que transforma los escenarios en menos de un parpadeo. Tengo por errada la creencia en que lo que le ocurre a uno es igual para todos, y que todos se identifican con el poeta. Debe ser al contrario: que el poeta sea voz colectiva, no la ridícula pretensión de ídolo. Los tratadistas aseguran que eso fue antes del individualismo; pero que ahora el individuo se expresa a sí mismo, no a una comunidad. Vivimos enfundados en el eterno presente. Que así nos parece. La visión al futuro nos ayudaría a ser modestos.

Por algo los románticos perduran en la memoria colectiva, y los vanguardistas, los experimentalistas, los culteranos desaparecen rápidamente en la hojarasca. Éstos últimos son muy útiles en la farragosa y alambicada academia, pero la poesía esencial es una fe que sobrepasa las teorías. Sólo perduran los poemas que se vuelven sentimiento humano. Lo otro es lo intelectual, inestable y cambiante, gimnasia estilística, manierismo, individualismo vanidoso.

Por qué, para qué y para quién son preguntas que suelen hacerle a la poesía aquellos que emplean la interrogación como método de duda, incluyendo su respuesta en la pregunta, caso en el cual se entiende cambiado el signo de interrogación por las exclamaciones. La poesía existe desde antes de la historia, y los futurólogos –hasta donde alcanzan las previsiones– no lamentan su extinción. Si no fuera algo sólido la universidad no lo tomaría en cuenta.

Esa perennidad y ubicuidad de la poesía plantea el *quinto dilema*, de espacio-tiempo. Cuando se lee poesía de otros meridianos y otras épocas, o referente a

ellos, es necesario poseer referencias históricas. Parece obvio, pero no lo es tanto. Muy pocos leen a León de Greiff porque ignoran de qué trata. Hasta el punto de que se requiere para ello un diccionario especializado. Existen muchos ensayos, algunos recopilados en volúmenes, que sin duda ayudan a la comprensión de la poesía leogreiffiana, pero si, además de la información, el lector carece de intuición, nada se logra. La intuición es el requisito indispensable para la lectura de poesía. La primera apreciación de las artes se da por medio de la intuición. Sin eso la Hermenéutica es inútil. Mi verdadera lectura de William Blake fue la primera, en el siglo pasado. Cuando algún tiempo después mi profesora de Hermenéutica trató de llevarme a la auténtica e ilustrada comprensión, encontré que sólo ofrecía técnicas y herramientas para el uso de teorías, y un derroche admirable de erudición, pero que, en sus manos, William Blake estaba completamente muerto y convertido en momia. Lo había asesinado tranquilamente, con todo el rigor académico, mi pobre y querida profesora. Comprende más la poesía el que no la entiende, que el que la explica.

Conviene presentar un ejemplo de estrofa que reclama esa intuición. Es de Álvaro Mutis:

*De la ortiga al granizo,  
del granizo al terciopelo,  
del terciopelo a los orinales,  
de los orinales al río,  
del río a las amargas algas,  
de las algas amargas a la ortiga,  
de la ortiga al granizo,  
del granizo al terciopelo,  
del terciopelo al hotel.*

En el discurrir del tiempo la poesía presenta múltiples fases y, como se dice, hay para todos los gustos. La poesía hermética, críptica, surrealista, concreta y muchas otras, plantean problemas de interpretación, y éste es el *sexto dilema*. Desde la pastoral hasta las extravagantes formas que ha llegado a soportar, la poesía pasa de la hermosa claridad —que es el objeto del pensamiento— a las oscuras zonas del subconsciente y de la simulación. La estafa da resultado entre estafadores, y los incautos caen en la trampa. Van a decir que no, porque a nadie le gusta que le descubran sus trucos. Pero aquí no se habla de la impostura sino de la poesía que se respeta a sí misma, que respeta al lector, a la inteligencia, a los sentimientos, a la cultura tan difícilmente acumulada. Lo demás, como puntualizó con agudeza Javier Arango Ferrer, son abusos de confianza o atrevimiento de novato.

Los experimentalismos y las vanguardias no dejaron nada de valor: quincalleería barata, juegos inútiles, el desorden mental aspirando a la categoría de arte. Los clasifiqué en mi biblioteca en la sección miscelánea, sub-sección de raros y curiosos. En su mayor parte Vicente Huidobro —tan admirado en su tiempo— resulta hoy infantil, superfluo y deleznable. Se cree que las vanguardias encontraron nuevas formas expresivas, y que ése fue su legado. Falso, aunque aparente, si se desconoce la historia de la literatura, que es la literatura misma. Aprovecharse de los

crédulos ha sido siempre táctica universal (ejemplo cumbre: los editores de Fernando Pessoa). La empleamos en el Nadaísmo, con toda malicia y un éxito perturbador. Todos los *ismos* que en el siglo XX se admiraron, creyendo que eran invención y renovación, son en realidad decadencia.

Otra cosa es la conmemoración que se está realizando este año en Bogotá por el centenario de Aurelio Arturo, a alto nivel, tanto que El Tiempo le dedica un editorial y un suplemento. Se trata de un acto calculado contra las vanguardias, en defensa de la poesía pura. Bueno o malo, según desde donde se mire. Siempre he considerado que Aurelio Arturo es un poeta menor en todo sentido, si bien pulcro, como corresponde al género bucólico. Pasó con humildad por la vida, nunca fue contra nada, y por eso es que resulta ejemplar. Su poesía se refiere al campo a principios del siglo XX, cuando el campo no estaba minado e infestado de bandidos de todas clases que acabaron con el sector primario de la economía y sumieron al país en la anarquía que hoy se padece. Poesía bien educada de los antiguos tiempos, que nada transgrede, para personas delicadas, a quienes les gusta el paisaje decorativo, sin gusanitos ni abrojos. Todas las campañas en beneficio de la pureza son sospechosas. Eso lo sabemos desde la primera vez que trajeron a la Virgen de Fátima con sus mentidas palomas de la paz. Historia que no debiera olvidarse. Las tales palomas volvieron tiempo después, al parecer arrepentidas, pero ya era tarde.

Consideramos tres conceptos muy diferentes que es necesario distinguir: las vanguardias poéticas que reinventan lo que ya fue viejo en otra época, la llamada poesía pura, y la poesía libre porque quiere ser libre.

La campaña por la pureza del verso es porque se dan cuenta del efecto devastador que puede producir el poema, que circula de mano en mano en papelitos doblados, de generación en generación, y contra el cual no tienen defensa. Ejemplo, este fragmento condenatorio de Hjalmar Fax, gran poeta puertorriqueño, en «Elegía plena»:

*Me cago en las madres de los policías  
que arrestaron a Ismael,  
y en la madre del fiscal que llevó el caso.  
Sordos tenían que ser.  
Me cago en la madre  
del sordo y encubierto camarón  
que sirvió de carnada.  
Sobre todo, en la madre del juez,  
verdugo sordo, como las tapias del presidio.  
Me cago en la madre del Gobernador,  
ejecutivo inclemente,  
sordísimo mamalón.  
Pero especialmente me cago en las madres  
de los que no eran sordos,  
de los que sabían, porque no eran sordos,  
que era imprescindible seguir oyéndolo cantar  
por los próximos doce años.*

Esto, desde luego, no es poesía pura, sino pura poesía que expresa indignación popular contra las autoridades encargadas de preservar la pureza, hasta de la poesía y la música, que ellas son las únicas que saben en qué consiste. La policía montada nos perseguía en Cali a los nadaístas cuando leíamos poemas en las calles, porque sus oficiales consideraban que no era poesía pura. Siempre he creído que los galonados militares son inferiores a sus caballos. En eso me apoyan decididamente Albert Einstein y Julián Huxley. El poema se encargó de vengar para siempre a nuestro sonero mayor, Ismael Rivera, Maelo.

Se busca de buena fe la orientación de la crítica como culminación de las artes, pero la crítica es como la historia: confusa, contradictoria, deformada para servir intereses, caótica e imposible de establecer en ella verdad alguna. El procedimiento de alterar la historia por motivos literarios tergiversa la historia y desacredita la literatura. Dicen los críticos que los poetas colombianos han sido casi todos malos, pero peores han sido los críticos al avalar prestigios inmerecidos y crear falsos mitos.

Por eso la lectura de la historia es tan difícil, y en la crítica se pierde el más avezado. Este es el *séptimo dilema*, ante el cual sólo queda atenerse al propio criterio, ya que si se escribe para los demás, sólo se lee para sí mismo, aun en el caso del profesor que lee para enseñar, pero ante todo para su propia e interminable formación. Los verbos *enseñar* y *educar* (o sea *dominar*) me parecen sospechosos. No soy profesor ni especialista en nada, y precisamente por eso puedo darme el lujo de hablar claro y conciso, para que se entienda. Un especialista es alguien que sigue teorías ajenas (como dice Chomsky), y no me gusta seguir a nadie sino formar conceptos propios para mi uso personal, no para la venta (así dice Chomsky). Los lenguajes especializados encuentran correspondencias en el idioma corriente.

No dudo que la vida sin la música sería una desgracia, y también sin la poesía. Pero no hay que atarugarse de poesía, porque se llega al fastidio. Cuando hablamos de leer poesía –la auténtica– eso requiere algún refinamiento, una medida. Hay poetas que convierten en vicio la escritura, hasta el estrago. El que se ufana de haber producido cuarenta volúmenes de poesía, de todos no hace uno. Y es que cuando empiezan a decirle poeta, el tipo se lo cree, y se siente en la obligación de producir sin pausa para «su» público. Muere estragado por el nefando vicio de la poesía sin control, una diarrea como la de Pablo Neruda, que no tenía nada más que hacer, pues no se ha sabido de ningún diplomático que haya muerto de trabajar.

Y éste es el *octavo dilema*: en qué medida leer poesía. No necesita leer mucha: con tal de que lea la mía, con eso basta. Es lo que dicen los poetas. Los poetas suelen ser insoportables. Prefiero mantenerme alejado, porque

soy alérgico al incienso. Los grandes poetas son serios, porque ellos tienen antigua tradición. En nuestra reciente y pobre tradición tropical, los poetas se inflan como pavos al menor estímulo, y empiezan a picotear.

El que lee mucho, lee mal. Lecturas apresuradas poco dejan. He tenido montones de poesía. Un estorbo. Habría que decantar. Pero si no se tiene los montones, ¿de dónde se decanta? Ése es el problema. La literatura es repetitiva, y en mayor medida la poesía. Se explica porque a cada generación hay que hablarle en su lenguaje. Pero el poema de amor es el mismo desde la antigüedad. Y la poesía ha sido siempre la misma. Esa es su debilidad y su fortaleza. Las innovaciones en poesía son oropel, falsos adornos. La alta poesía es inmutable. Se renueva siempre igual a sí misma, como la rosa.

Todavía hay un *noveno dilema*, y un *décimo*, y muchos más. La cosa es algo enredada. Y que sea éste el *noveno dilema*. Con motivo de mi cumpleaños, una admiradora me obsequió con un bello libro, una placa de plata. Tan pronto lo desenvolví me di cuenta de que era un objeto ampuloso, que no guardaría un solo verso memorable. En cambio, conservo algunos libritos casi deshechos, que son mi verdadero tesoro. Los he copiado varias veces a máquina, y luego en la computadora, por el placer de admirarlos letra por letra. Admirar lo que merece ser admirado es una gran satisfacción. El que no tenga nada que admirar vive en la miseria absoluta. La belleza abunda. Si la dejo pasar, tal vez no vuelva. Me gusta la belleza porque soy alegre. No veo por qué ser triste. Y son las artes las que me dan esa alegría. Y todas las actividades humanas. Tal vez lo aprendí en Walt Whitman, y no me había dado cuenta. Esta es la razón para leer poesía. No todo lo que se disfraza de poesía. Pero cuando se aprende a distinguir, se ha ganado mucho.

Aunque también hay los que se suicidan leyendo a Barba-Jacob, porque el suicida siempre trata de culpar a alguien. Barba-Jacob exclama: ¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría! Y el lector responde: ¡Me mato! Eso sí es Hermenéutica de la buena.

Si llenamos de problemas la lectura de poesía, ustedes van a creer que resulta empeño imposible. La solución es sencilla: cada uno lee como puede. Y a esto se reduce la disertación académica.

Debía decir algo acerca de cómo leer poesía. Se requieren condiciones apropiadas y concentración. Por ejemplo: si usted lee La Divina Comedia en el bus, mientras tanto lo roban y se le desprende la retina. Claro que usted puede perderle el respeto a la poesía. Tal vez le guste dar patadas a todo, como cualquier nadaísta. De mí sé decir que mientras más leo poesía, más respeto le debo. No soy fanático. Sólo alguien que no quiere perderse de la vida nada bello de lo que puede ofrecer.

Hago estas menciones porque la poesía es algo tan personal como el amor. Cuando se dio inicio al taller de poesía en la Biblioteca Pública

Piloto, tuve que estudiar para eso diversos autores. No estuve de acuerdo con nada. La poesía no se puede sistematizar. No tiene técnica, sino sagacidad y sutileza. Ni siquiera se puede clasificar. Toda clasificación será arbitraria. No tiene, pues, un orden. Lea esto y aquello, a la suerte. Como la vida, que carece de garantías. Todo es azar. Las cosas más importantes y definitivas en la vida llegan por el azar, no porque se programen y busquen. En la memoria se barajan los órdenes como se quiera. Y no todos los días se aspira a lo mismo. Ahora se es épico, luego romántico, después modernista, más tarde posmodernista, y hasta vanguardista. También clásico. Cada día trae su sorpresa.

No hay que desechar nada creyendo que unas cosas son nuevas y otras viejas. En Oriente no se clasifica la poesía de acuerdo a cronologías. La poesía allá es intemporal. Todo pasa, la poesía queda. El mismo pájaro que escuchó el antiguo poeta chino lo sigue escuchando el poeta actual. Al joven le parece vieja una cosa de cien años, como si él fuera la medida del tiempo. Cien años no es nada. Tú eres una repetición. Te dicen que eres único sólo para animarte. La poesía que desprecias porque no produce dinero te sobrevivirá por milenios, como estuvo por milenios antes de ti y nutrió a tus antepasados. Tú eres una cosa de la tierra, pero la poesía es inmanente al espíritu, y por eso en Oriente participa de la intemporalidad de los dioses. Solamente hay que distinguir entre poesía y suplantación. Y de esto es de lo que tratamos hoy. Tenemos una imagen deformada de la poesía, y por eso pierde valor a nuestros ojos. Si volviéramos a la fuente recuperaríamos lo perdido. Ni la poesía ni la pintura han evolucionado desde el principio. Siempre es el mismo arte. En las cuevas de Altamira –escribe el tratadista– está toda la pintura, y en los poemas antediluvianos toda la poesía. Es una fuente en la que se chapotea, pero que tiene la capacidad de renovarse. ¿Para qué? Para lo mismo que todas las cosas en el mundo: para nada. Se dice que todo salió de la nada. Si se dice, así debe ser. De lo contrario, no tendríamos por qué saberlo. Está en el Libro.

Leo el semiverso contemporáneo, que es prosa fragmentada –porque el verso fue sustituido por la apariencia del verso–, y el verso propiamente dicho, que obedece a un ritmo por fidelidad a sus orígenes en el canto y la danza. Ambos pueden ser bellos: el antiguo en la actualidad, el de hoy en el futuro. Porque en esencia es el mismo verso que atraviesa los siglos con distinto ritmo. Si la poesía ha sido fiel al hombre desde el inicio de las culturas, eso justifica la fidelidad del hombre a la poesía. Le es consustancial; por tanto, no puede desprenderse de ella. Por más modernos y atrevidos que seamos, algo ocurre en la sensibilidad cuando canta Barba-Jacob:

*Le pedí un sublime canto que endulzara  
mi rudo, monótono y áspero vivir.  
Él me dio una alondra de rima encantada.  
¡Yo quería mil!*

*Le pedí un ejemplo del ritmo seguro  
con que yo pudiera gobernar mi afán.  
Me dio un arroyuelo, murmurio nocturno.  
¡Yo quería un mar!*

*Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto,  
para que a mis sueños prestase calor.  
Me dio una luciérnaga de menguado brillo.  
¡Yo quería un sol!*

*¡Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,  
y el verdor edénico y el azul abril!  
¡Oh sórdido guía del viaje nocturno,  
yo quiero morir!*